

HUGO HIRIART

Diario infinitesimal

JULIO SCHERER: EL PROFETA EN SU TIERRA

76

LETRAS LIBRES
FEBRERO 2015

1967, TENÍA 25 AÑOS y estaba terminando mis estudios de filosofía en la UNAM, aunque era ya investigador auxiliar en el entonces Centro de Estudios Filosóficos, lo que me encaminaba a recibir una beca y salir a estudiar a Inglaterra, entonces en gran momento de efervescencia filosófica. Pero este destino se iba a desviar a partir de una llamada por teléfono de Julio Scherer (1926-2105) a mi casa al mediodía de un jueves cualquiera.

No conocía a Scherer, era yo totalmente ajeno al periodismo. Scherer me invitó a escribir en la página editorial de *Excelsior*, “queremos las ideas y opiniones de un joven”, me dijo. No sé quién le habría hablado de mí. Acepté. No me di cuenta entonces, pero el delicadísimo mecanismo de relojería del destino humano se había ya echado a andar.

Me pidió Scherer que le llevara dos artículos de prueba en una semana. Los llevé. Encontré a Scherer bajando la curva escalera de *Excelsior*, y ahí, los dos de pie, hablé con él por primera vez.

Aquí me detengo: hablar con Scherer, de lo que sea, era una experiencia impresionante, antes que nada por el calor que ponía en el trato, lindante con la extravagancia. Luego por el carisma que manifestaba.

Sé qué quiero decir, no sé cómo decirlo. Pongo un ejemplo cualquiera. En una entrevista con el Subcomandante Marcos, Scherer hace esta consideración: “¿Vale la pena vivir una vida sin dignidad ni esperanza?” Se refiere a los desamparados indígenas chiapanecos, y quiere averiguar si es por consideraciones como esta que se lanzó el Subcomandante a la lucha. Otro periodista habría formulado la fácil, lerda, pregunta: “¿Por qué se lanzó usted a la lucha?” Pregunta vana, nadie sabe por qué hace las cosas. Pero, sobre todo, obsérvese que Scherer ha elevado la estimación del asunto a un plano, digamos, filosófico, literario, en el que pregunta pensando en los indígenas, ¿qué pasa cuando una persona no tiene sentido de su dignidad? Y lo mismo, pero con mayor intensidad, qué sucede cuando falta la esperanza.

Brío literario –eludir los lugares comunes, sentir salu-

dable horror por escribir o decir lo que dice todo mundo—tenía. Por eso, en parte, su prosa es tan fresca y sorprendente.

Volvamos a la escalera de *Excelsior*. “Ninguno de estos dos artículos va a publicarse, este porque ya no tiene actualidad, y este porque es de arte y no de vida social, pero déjamelos para ver cómo escribes.” Fui un martes a *Excelsior*, salí y, ya en la calle, comí un taco de bistec en el primer establecimiento dedicado a esta especialidad que se abrió en la ciudad. El jueves estaba bajo la regadera cuando mi padre llamó a la puerta y me dijo: “Oye, publicaron un artículo tuyo en *Excelsior*.” Así dio comienzo todo. Pasó algo de tiempo y la preparación de mi beca para ir a estudiar al extranjero avanzaba. Sin embargo, un buen día en que iba en un coche con dos compañeros me quedé mirando un semáforo y de pronto expresé: no voy a ir a ningún lado, voy a dejar la filosofía y la vida académica. “¿Qué vas a hacer?” Literatura, voy a escribir, para eso tengo facilidad. “¿Y en qué vas a trabajar?” Y respondí: voy a entrar a trabajar al *Excelsior*.

Y entré. Scherer me envió a trabajar en TV Producciones Excelsior, que dirigía Manuel Becerra Acosta. Manuel me citó en la fonda El Pato. Llegué. Era el mediodía del 2 de octubre de 1968. Los dos juzgamos que hacer un mitin en Tlatelolco era una insensatez. Manuel me dijo que me presentara a trabajar al día siguiente en la avenida Chapultepec, donde estaban las oficinas.

Mi destino consumó su giro y se iba para otro lado. En este vuelco fue decisiva la fascinación que me producía Scherer encarnando el *appeal* literario del periodismo. Trabajé en el *Excelsior* varios años, nunca en cosas de periodismo cultural, que no me atraían entonces ni me han atraído nunca, sino en temas de política y vida social.

Me hice muy amigo de Becerra Acosta, razón por la cual, después del golpe a *Excelsior*, me fui con él al *unomásuno* y no a *Proceso*. Pero mi relación con Scherer no se resintió y nuestros encuentros siguieron teniendo admiración, cariño y nunca interrumpida emoción.

Era impresionante en Scherer el entusiasmo, la capacidad seductora, el suave, casi siempre, don de mando. Era un artista del trato social. Al mismo tiempo una especie de profeta bíblico, vociferante a través de periodismo. Su inteligencia de la política era moral. Scherer pertenecía al reducido grupo de los maestros de la sensibilidad moral como Simone Weil o Albert Camus, por ejemplo, gente que sabe que la corrupción moral lleva a la destrucción; gente obstinada, sutil, valiente, capaz de enfrentar tanto el poder establecido como la agresiva necedad de la gente.

“Tú me sedujiste, oh Javé. Eres fuerte y fui vencido. Ahora soy la irrisión y la burla de todo el mundo. Les hablo y tengo que gritar: Ruina, devastación. Y me dije: No voy a pensar más en eso, no voy a hablar más en Su nombre: pero esto es dentro de mí como fuego abrasador, que siento dentro de mis huesos, que no puedo contener y no puedo soportar.” (Jeremías 20: 7-9)

Bajo esta pasión el joven periodista Scherer fue ganando algo que es difícilísimo de lograr en México, país saturado de gente con conciencia moral cauterizada: esa cosa es autoridad. ☞

ROGER BARTRA

Sinapsis

OCTAVIO PAZ EN LA PICOTA

OCTAVIO PAZ SE QUEJABA con frecuencia de los ataques que recibía de la izquierda. Es cierto que una pequeña parte de la progresía intelectual mexicana no lo respetaba. Pero quiero recordar que las arremetidas más agresivas las recibió Paz de un intelectual ligado al gobierno priista, quien sin duda reflejó –además de sus malos humores– las molestias de la élite nacionalista revolucionaria por el talante crítico e independiente del gran escritor. Me refiero al filósofo Emilio Uranga, quien en 1970 publicó una serie de tres artículos a propósito de *Posdata*, el libro que acababa de publicar Paz. Se trata de una diatriba injuriosa que revela el rencor encendido que su autor había acumulado contra el poeta desde hacía años.

Uranga fue uno de los filósofos del famoso grupo Hiperión, al que pertenecieron Jorge Portilla y Luis Villoro, entre otros. Fue muy reconocido por su libro *Análisis del ser del mexicano*, publicado en 1952, un par de años después que *El laberinto de la soledad* de Paz. Recuerdo a Uranga como un brillante profesor en la preparatoria. Impartió una clase de ética en el Colegio Madrid, donde yo estudiaba: fue una muy estimulante invitación a penetrar los misterios de la filosofía. En los años sesenta Uranga abandonó los espacios universitarios y se acercó a la política como un férreo defensor del gobierno de López Mateos. En esa época Uranga arremetió con furia contra Daniel Cosío Villegas, en defensa del presidente mexicano. En 1968 apoyó las acciones del siniestro presidente Díaz Ordaz contra los estudiantes.

Cuando en 1970 Paz publica *Posdata*, Uranga reacciona con ferocidad (en la revista *América*, 4, 11 y 18 de abril). De entrada señala que basta despojar a Paz de sus eufemismos retóricos “para que resalte su inconfundible número de expediente en el campo nudista que ha elegido para su exhibicionismo”. Observa en Paz un “deterioro cada vez más acusado de sus facultades críticas, de su capacidad de pensar por su propia cuenta”. Acusa a Paz de ser un anacrónico, un dogmático y un fanático, de no saber historia y de no vivir históricamente. Dice que el poeta es un oportunista moralizante maquillado de independencia crítica, es vanidoso y sensiblero, tiene un bajo IQ y es “el opio de los intelectuales disidentes”.

Hay una frase en *Posdata* que provoca el enojo de Uranga y en la que se siente aludido: “*El laberinto de la soledad* fue un ejercicio de imaginación crítica: una visión y, simultáneamente, una revisión. Algo muy distinto a un ensayo sobre la filosofía de lo mexicano o a una búsqueda de nuestro pretendido ser. El mexicano no es una esencia sino una historia. Ni ontología ni psicología.” A Uranga le parece que Paz se contradice sin darse cuenta, pues trata de responder a las tres grandes preguntas que precisamente aborda la ontología: quién, qué y cómo somos los mexicanos. Hay que recordar que Uranga había publicado su “Ensayo de una ontología del mexicano” en 1949 en la misma revista, *Cuadernos Americanos*, donde poco después Paz publicó su *Laberinto*.

En su primer artículo, titulado “La poca paz de Octavio”, Uranga observa que, al afirmar que el mexicano no es una esencia sino una historia, Paz simplemente repite a Ortega y Gasset, quien había dicho que el hombre no tiene naturaleza sino historia. “Los mexicanos –escribe Uranga– tenemos ser, natural e histórico, salvo Octavio Paz que solo se ha quedado como disco grabado hace treinta años, con el casi *no ser* de sus repeticiones.” Supone irónicamente que Paz desea que le erijan una estatua o un monumento “una vez que triunfalmente regrese al país después de que el licenciado Gustavo Díaz Ordaz trasmita el poder”. En el segundo artículo Uranga señala que Paz quiere “sacarle raja, para beneficio personal, a los inmolados de julio a octubre de 1968”. En contraste con Herbert Marcuse, que había anticipado la rebelión juvenil, Paz simplemente “se colgó de lo que otros habían vaticinado, y otros más ejecutado en todo el mundo el año de 1968, para darse actualidad, para volver a la circulación como autor de ensayos amplios en su difusión, venta y contaminación”.

La peor parte de la diatriba de Uranga es su reflexión sobre la “mancha de sangre” que en 1968 pone en duda, según Paz, el progreso de México. Para Uranga la mancha de sangre, magnificada y mitificada, se ha ido evaporando y acaba siendo simplemente un incidente, como los asesinatos del general Francisco Serrano en Huitzilac (1927) y del dirigente campesino Rubén Jaramillo en Xochicalco (1962). Acusa a Paz de ser un adicto a lo que López Mateos (el asesino intelectual de Jaramillo) había definido como la “izquierda delirante”, que busca una revancha sanguinaria para limpiar la mancha del 68 con una hemorragia, con torrentes de sangre. Esa misma izquierda, que no era nada delirante, jamás insultó a Paz de la forma tan ruda en que lo hizo este intelectual orgánico del despotismo priista. ☞

(Quiero dar gracias a mi amigo Adolfo Castañón por haberme proporcionado copia de los artículos de Uranga.)

77

LETRAS LIBRES
FEBRERO 2015

ENRIQUE SERÑA

Aerolitos

VANDALISMO LINGÜÍSTICO

78

LETRAS LIBRES
FEBRERO 2016

A SEMEJANZA DE LOS JÓVENES encapuchados que incendian oficinas públicas y apedrean sucursales bancarias, los sembradores del caos en el terreno de la sintaxis fortalecen a las autoridades que combaten o fiscalizan desde la prensa. Sus actos vandálicos no causan alarma, ni ameritan penas de cárcel, pero oxidan nuestra principal herramienta civilizadora. Cuando el lenguaje pierde precisión, los abusos de poder quedan envueltos en una penumbra muy favorable para delinquir impunemente desde los puestos públicos. Y aunque los redactores confusos tengan buenas intenciones políticas, su anarquía verbal facilita el saqueo sistemático del erario. Cada galimatías avalado por un periódico importante favorece a los vivales que desean adulterar el recto significado de las palabras para ocultar sus latrocinios bajo una espesa maraña de vaguedades.

Desde finales de los noventa, cuando la censura oficial aflojó sus controles, la prensa mexicana está llena de acusaciones y denuncias contra funcionarios corruptos. Los escándalos que suscitan —efímeros por desgracia— rara vez llegan a tener consecuencias penales, pero su efecto político es quizá nuestra única defensa contra la podredumbre institucional. Si queremos fumigar a fondo la administración pública y aguzar el filo crítico del cuarto poder, deberíamos esmerarnos por formular esas denuncias y acusaciones con la mayor claridad. Sin embargo, el contrahecho lenguaje periodístico muchas veces conspira contra la libertad de expresión. De unos años para acá, en los diarios de mayor tiraje se ha puesto de moda usar como sinónimos los verbos *acusar* y *denunciar*, que si bien pertenecen al mismo campo semántico, designan acciones distintas. La tendencia de los cabeceros a sustituir un verbo por otro está embrollando a miles de lectores. Doy algunos ejemplos pepenados en los últimos meses:

“La embajada de Estados Unidos acusó que su personal de la CIA fue emboscado” (*El Universal*, 21/VIII/2014).

“Acusan sobreprecio en compra del GDF” (*Reforma*, 15/VIII/2014).

“Acusa Fox que AN traicionó principios” (*Reforma*, 8/IX/2014).

“Avispones acusan que fueron olvidados por las autoridades” (*El Universal*, 18/XII/2014).

Según la benemérita María Moliner, acusar significa: “atribuir a alguien un delito o falta”. El Diccionario de la Real Academia define el verbo en los mismos términos: “imputar a uno algún delito, culpa, vicio o cualquier cosa vituperable”. Ambas definiciones dejan muy claro que después de acusar solo puede venir un objeto indirecto, es decir, el nombre de la persona o la institución acusada, no el hecho que se le imputa, como sucede en los cuatro ejemplos citados. En todos los casos, los cabeceros debieron haber usado el verbo denunciar, que significa, según Moliner, “comunicar a la autoridad un delito”, y según la Academia, “participar o declarar oficialmente el estado ilegal, irregular o inconveniente de una cosa”. La prensa denuncia delitos, abusos, injusticias o atropellos y acusa a las personas que los cometen. No es una negligencia menor cambiar de un día para otro el significado de un verbo: el genio de la lengua tardó diez siglos en establecer ese necesario deslinde. La mala sintaxis es cómplice involuntaria de la desinformación. Si traslapamos las palabras, envolvemos las noticias en bancos de niebla. Y aunque, en los casos citados, un buen entendedor puede subsanar las pifias de los redactores, ningún lector de periódicos debería estar obligado a resolver acertijos.

El desastre educativo de las últimas décadas ha hecho tremendos estragos en el español de México (el más notorio es el bochornoso “güeyeo”), pero las aberraciones léxicas y gramaticales nacidas de la ignorancia serían menos graves si los medios de comunicación fueran un valladar contra el vandalismo lingüístico, en vez de fomentarlo a gran escala. Una regla de oro para cualquier redactor de periódicos, anuncios publicitarios o noticieros debería ser no emplear una palabra extranjera cuando pueda decir lo mismo en español. Pero en México no hay bien más codiciado que el inglés, y para darnos taco, le rendimos pleitesía en todo momento. Por economía verbal o esnobismo, los locutores radiofónicos han contraído el hábito de llamar *bullying* al hostigamiento escolar. Ya es demasiado tarde para impedir el desaguizado, pero aún podríamos evitar que se popularice el cancerígeno derivado “bulear”. Nunca había sido tan clara la correspondencia entre una enfermedad social y un chancro del idioma. Los imitadores infantiles de la mafia narcopolítica no solo siembran el terror en las aulas: también han desatado una epidemia de adefesios verbales. “Acusan padres de familia que pandillas bulean a sus hijos”, dirán mañana los vándalos de la prensa, si acaso no lo dijeron ya. El último grado de la barbarie es no poder nombrarla con un mínimo de coherencia. ☞

ESTUDIANDO UN NEBLINOSO mito tolteca arribé al episodio que narra cómo, luego de una espectacular ingesta de pulque que le indujo el pérfido Tezcatlipoca, el pobre Quetzalcóatl terminó incestuoso entre las piernas de su hermana Quetzalpétlatl. Degradado por su inmoralidad, con ejemplar autocrítica como cualquier político mexicano, dejó el trono de Tollan, se condenó al ostracismo, derivó hacia la costa, hizo una balsa con serpientes y se perdió en la nada.

Vacante la curul, entró Huémac como sustituto. Hay muchas interpretaciones sobre ese bipolar príncipe tolteca. Me limito a señalar que ya en el trono, aliado con el institucional Tezcatlipoca, además de hacer guerras con crímenes de lesa humanidad incluidos, Huémac protagonizó dos historias curiosas que abrevio en seguida.

Todo lector de fray Bernardino de Sahagún recuerda cómo la hija de Huémac iba un día por el mercado de Tollan y quedó prendada del magnífico órgano viril de un marchante de chiles verdes. No se sabe si ese caballero exhibía su virilidad como mera perversión o como estrategia publicitaria. La cosa es que la hija de Huémac se obsesionó a tal grado con ese órgano viril que cayó enferma y Huémac, como buen papi ricachón que era, ordenó encontrar al marchante. Cuando se lo trajeron y Huémac miró su atributo le preguntó por qué lo traía de fuera y el marchante respondió que por usos y costumbres (es en serio). Total, que lo bañaron y lo adornaron con jade y todo y se lo llevaron a la niña que se alivió ipso facto. (Me abstengo de indicar dónde sucedió esto para precaver que al edil se le ocurra encargar una escultura monumental conmemorativa.)

La otra historia viene en un texto que don Miguel León-Portilla rescató del folio 6 de la *Historia tolteca-chichimeca*. Tuvo el erudito el buen humor de proponer una acuciosa comparación entre textos eróticos griegos y nahuas – todos traducidos por él – que tituló “Afrodita y Tlazoltéotl”, para poner en su sitio a quienes arguyen “que ni hubo ni pudo haber erotismo en alma y cuerpo de indios”. Y ahí aparece Huémac de nuevo, ahora como protagonista del episodio francamente titulado

DESEO DE ANCHAS NALGAS

Cuando Huémac fue ya un joven ordenó entonces que le atendieran su casa los de Nonoalco. Luego le dijeron los nonohualcas: –Sea así, nuestro príncipe, haremos lo que tú quieras. Desde entonces tuvieron ellos a su cargo la casa de Huémac. Enseguida Huémac les pidió, les dijo a los nonohualcas: –¡Conseguidme mujeres! os exijo mujeres, las caderas anchas, de hasta cuatro palmos. Respondieron los nonohualcas: –Sea así, buscaremos, a alguna parte iremos a encontrar a las de caderas anchas, de hasta cuatro palmos. Y luego vinieron con las mujeres que encontraron de nalgas de cuatro palmos.

GUILLERMO SHERIDAN

Saltapatrás

HUÉMAC, SU HIJA Y LOS CUATRO PALMOS

Pero a Huémac no le agradó su tamaño.

–Su grosor –dijo a los nonohualcas– no es el que yo quiero.

No se acerca a los cuatro palmos.

Yo deseo nalgas mucho más grandes.

Después de esto los nonohualcas se irritaron en extremo...

Queda claro que la familia Huémac no se detenía ante nada cuando sus gustos estaban de por medio. Ahora, si como dice la Academia, un palmo mide “unos veinte centímetros”, tenemos que para el gusto de Huémac el grosor adecuado de las nalgas era de ochenta centímetros. Eso, a fe mía, es lo que se llama un gran culo. Que los nonohualcas las encontrasen habla bien de su vista; que Huémac las rechazase, mal de la suya o bien de su exceso. Quizá Huémac tenía una idea errónea del concepto *palmo*, o confundía penosamente *anchura* con *bondura*, si no es que con *perímetro*. En todo caso, Huémac mostró ser devoto de “La Gorda”, ese “remanente arcaico del complejo materno en el hombre”, como escriben Eduard Fuchs y Alfred Kind en su clásico *Die Weiberherrschaft*.

Me habrían gustado más detalles. Por ejemplo, una escena en la que el jefe nonohualca sale furioso del salón del trono y les dice a los otros: “¡Que no, que las quiere más grandes!” Y ahí van de nuevo a medir nalgas en la vía pública con una regla de obsidiana o algo, y diciéndose unos a otros: “¡No, no, nonohualcas, el ancho no dan estas nalgas!” Y más la conjeturable escena en que la gente pregunta: “¿Acaso no son estos los que el pasado cuatro conejo andaban buscando un vendedor de chiles verdes encuerado?”

Un último dato: según la *Historia tolteca-chichimeca*, luego de la última inútil medición de nalgas, los hartos nonohualcas dijeron: “¡En verdad nos aprestaremos para la guerra!” y sacaron sus macanas y flechas, pero los toltecas dijeron que también ellos estaban hartos, y entonces todos juntos correataron y flecharon a Huémac. Por cuatro palmos de nalgas. ☞